

## CAPÍTULO 7

### Jóvenes: sujetos de la contemporaneidad

*María Belén Rosales y Guadalupe Giménez*

Uno de los campos que tuvo un gran desarrollo en los estudios del campo de la comunicación son los llamados investigadores de juventud como Rossana Reguillo en México y Mario Margulis en Argentina, quienes estudian la **emergencia de culturas juveniles en el mundo contemporáneo**. Los autores coinciden en que, de maneras diversas, con mayor o menor grado de formulación, una de las características de los grupos juveniles es que han aprendido a tomar la palabra a su manera y a reapropiarse de los instrumentos de comunicación. Así, por ejemplo, los graffitis, los ritmos urbanos, los consumos culturales, la relación con el cuerpo, la búsqueda de alternativas y los compromisos itinerantes son analizados como formas de actuación política no institucionalizada que escapan a las formas tradicionales de concebir el ejercicio político por parte de los jóvenes.

#### Actuaciones juveniles ante el desencanto

El desencanto es un estar o malestar generalizado de la cultura occidental. La llamada crisis de sentido (algunas/os la llaman “de valores”) no es sino reflejo de un cambio de los paradigmas y caída múltiple de fuertes metarrelatos que alguna vez se erigieron como principio universal para pensar y nombrar el mundo. En este aparente caos, la figura de la juventud aparece cada vez más no como un grupo de transición hacia la adultez o una etapa biológica de la vida, sino como un **conjunto social heterogéneo, dinámico y discontinuo** en donde el vestuario, la música, las palabras, los objetos emblemáticos (piercings, gorras, etc.) son una mediación para la construcción de las identidades de las/los jóvenes, que se configuran no solamente como símbolos, sino en **modos de entender el mundo, de dar sentido al desencanto**.

Para entender, entonces, cómo es que estos procesos sociales han sido identificados por el mundo académico, Rossana Reguillo (2000) inicia poniendo en debate los estudios sobre juventud realizados en Latinoamérica hasta el momento, donde en ocasiones se ha confundido el “escenario situacional (la marginación, la pobreza, la exclusión)” con las representaciones internas de las/los jóvenes; o se establece simplemente una relación mecánica entre las prácticas y sus representaciones.

En otras ocasiones, dichos estudios se limitan a una “dimensión descriptiva y empíricamente observable”, sin llegar a una problematización contundente. Es a partir de la identificación de la dicotomía analítica sobre lo juvenil en la que o bien se describe o sólo se interpreta, que Reguillo da cuenta también de los análisis que a partir de perspectivas interpretativo-hermenéuticas han conciliado ambas posiciones. En estos análisis, los jóvenes son identificados, pensados como “sujetos de discurso, y con capacidad para apropiarse (y movilizar) los objetos tanto sociales y simbólicos como materiales, es decir, como agentes sociales” (2000, p. 36).

La autora identifica al menos tres vertientes en las que se aborda este tipo de estudios en particular: la que se enfoca en el grupo juvenil y las formas en que se nombran y constituyen; la que atiende a la alteridad “en relación con el proyecto identitario juvenil”; y aquella que se centra en el “proyecto y las diferentes prácticas juveniles o formas de acción”.

Precisamente, uno de los aportes centrales de la obra de Reguillo (2000) consiste en plantear los **modos en que los jóvenes se han convertido en grupos visibles** al interior de la sociedad en la última mitad del siglo XX. Esto es, por el tránsito a través de las instituciones de socialización –sea por afirmación o negación–, por el “conjunto de políticas y normas jurídicas que definen su estatuto ciudadano para protegerlo y castigarlo”, así como por la oferta y el consumo de “bienes simbólicos y productos culturales”.

Estas visibilidades y sus manifestaciones han llevado a algunos a considerar a “los jóvenes [...] peligrosos porque en sus manifestaciones gregarias crean nuevos lenguajes, y a través de esos cuerpos colectivos, mediante la risa, el humor, la ironía, desacralizan y, a veces, logran abolir las estrategias coercitivas” (p. 94).

Para otros, son sujetos “con competencias para referirse en actitud objetivante a las entidades del mundo, es decir, como sujetos de discurso, y con capacidad para apropiarse (y movilizar) los objetos tanto sociales y simbólicos como materiales, es decir, como agentes sociales” (p.36).

Aún más, la pluralidad de percepciones que generan las identidades juveniles traen a primer plano **el problema de la ciudadanía de las/los jóvenes, que nos refiere además al binomio inclusión/exclusión y a los asuntos del poder**: quién pertenece a dónde y a qué, cuáles son los comportamientos que deben regir a aquéllos que sí pertenecen o quieren pertenecer, quién lo determina así, y qué sanción aplica en caso de deserción.

Interesantemente, el asunto de la ciudadanía juvenil para Reguillo ocurre no como concesión del poder, sino como “mediación fundamental que sintetiza o integra las distintas identidades sociales que el individuo moderno puede actualizar (mujer, indígena, negro, profesional, consumidor, espectador, joven, público, homosexual, etc.), para participar con derechos plenos en una sociedad”.

La ciudadanía para los jóvenes se traduce entonces en **acción y práctica cotidiana**, en un ejercicio dentro de un espacio y un tiempo mediados por la globalización, donde no hay verdades absolutas, donde los instrumentos de comunicación se apropian y reapropian; donde el futuro se lee como poco probable y donde “las culturas juveniles actúan como expresión que codifica, a través de símbolos y lenguajes diversos, la esperanza y el miedo”.

## La construcción social de la juventud

Mario Margulis y Marcelo Urresti en *La construcción social de la condición de juventud* (1998) plantean que hay distintas maneras de ser joven en el marco de la intensa heterogeneidad que se observa en el plano económico, social y cultural. **No existe una única juventud**: en la ciudad moderna las juventudes son múltiples, variando en relación a características de clase, el lugar donde viven y la generación a que pertenecen y, además, la diversidad, el pluralismo, el estallido cultural de los últimos años se manifiestan privilegiadamente entre los jóvenes que ofrecen un panorama sumamente variado y móvil que abarca sus comportamientos, referencias identitarias, lenguajes y formas de sociabilidad. Juventud es un **significante complejo que contiene en su intimidad las múltiples modalidades que llevan a procesar socialmente la condición de edad**, tomando en cuenta la diferenciación social, la inserción en la familia y en otras instituciones, el género, el barrio o la microcultura grupal.

Por otra parte, la condición de juventud indica, en la sociedad actual, una manera particular de estar en la vida: **potencialidades, aspiraciones, requisitos, modalidades éticas y estéticas, lenguajes**. La juventud, como etapa de la vida, aparece particularmente diferenciada en la sociedad occidental sólo en épocas recientes; a partir de los siglos XVIII y XIX comienza a ser identificada como capa social que goza de ciertos privilegios, de un período de permisividad, que media entre la madurez biológica y la madurez social. Esta “moratoria” es un privilegio para ciertos jóvenes, aquellos que pertenecen a sectores sociales relativamente acomodados, que pueden dedicar un período de tiempo al estudio –cada vez más prolongado– postergando exigencias vinculadas con un ingreso pleno a la madurez social: formar un hogar, trabajar, tener hijos.

Desde esta perspectiva, **la condición social de “juventud” no se ofrece de igual manera a todos los integrantes de la categoría estadística “joven”**. Esta noción de “moratoria social” ha significado un progreso en la caracterización sociológica de la juventud. Implica un avance en cuanto a la introducción de la diferenciación social, pero reservando la condición de juventud para sectores sociales relativamente acomodados.

El análisis que ofreceremos a continuación se diferencia, sin embargo, de esta posición, en cuanto consideramos que no toma en cuenta otras variables que intervienen en la construcción social de la condición de juventud. Este análisis intenta restituir a la caracterización sociológica de la juventud, aspectos ligados con la historia, la diferenciación social desde un plano más complejo, la familia y los marcos institucionales, las generaciones y el género. También procura diferenciar entre el plano material y el simbólico e introducir al tema de las tribus juveniles, que suman su variedad, movimiento, fugacidad y actitud contestataria al enmarañado paisaje urbano.

## Generación y códigos culturales

Es también necesario consignar que “juventud” refiere, como algunos conceptos socialmente contruidos, a cierta clase de “otros”, a aquellos que viven cerca nuestro y con los que interactuamos cotidianamente, pero de los que nos separan barreras cognitivas, abismos culturales vinculados con los modos de percibir y apreciar el mundo que nos rodea. Estos desencuentros permiten postular, tal vez, una multiculturalidad temporal, basada en que los jóvenes son nativos del presente, y que cada una de las generaciones coexistentes (divididas a su vez por otras variables sociales) es resultante de la época en que se han socializado. Cada generación es portadora de una sensibilidad distinta, de una nueva episteme, de diferentes recuerdos; es expresión de otra experiencia histórica.

**La generación es una dimensión trascendente para el examen de la condición de juventud y atraviesa la diferenciación social.** Podría pensarse, considerando toda la población, en una alineación vertical que agruparía en términos de las características socioeconómicas y una alineación horizontal que clasificaría considerando el plano generacional. Generación y clase tienen modalidades diferentes de adscripción, movilidad y perseverancia. La generación es **adscrita, persevera, acompaña en la vida, pero la juventud es sólo uno de sus estadios**: las generaciones jóvenes envejecen, cambian de status con el mero transcurrir del tiempo; se es generalmente solidario con los códigos culturales incorporados durante la socialización, hay afinidades con otros miembros de la misma generación con los que se comparten espacios sociales y, por ende, desde esa perseverancia generacional, se entra en contradicción y en desencuentro con las cohortes generacionales siguientes.

La clase plantea en principio otras modalidades de perseverancia independientes de la edad, **la clase plantea un horizonte de continuidad, que hasta cierto punto contribuye a predecir las trayectorias sociales de sus integrantes**, aunque puede –en su conjunto– ser alcanzada por los vaivenes de la historia en cuanto a su mayor o menor prosperidad o penuria y, además, los individuos pertenecientes a un nivel de clase pueden realizar movimientos ascendentes o descendentes y, a lo largo de su vida, **experimentar cambios en su condición de clase original**.

La generación remite a la historia, da cuenta del momento social en que una cohorte se incorpora a la sociedad. Ello define características del proceso de socialización e incorpora a la misma los códigos culturales que imperan en una época dada y con ellos el plano político, tecnológico, artístico, etc. Ser integrante de una generación implica haber nacido y crecido en un determinado período histórico, con su particular configuración política, sensibilidad y conflictos. No es lo mismo haber nacido en la Argentina en 1940 que en 1955 o en 1975, es diferente el caudal de experiencias, la tecnología, las vivencias artísticas, la sensibilidad. Las generaciones difieren en cuanto a la memoria, la historia que las atraviesa y las formas de percibir que las caracteriza.

En ese sentido, es que hemos afirmado que pertenecer a otra generación supone, de algún modo, poseer códigos culturales diferentes, que orientan las percepciones, los gustos, los valores

y los modos de apreciar y desembocan en mundos simbólicos heterogéneos con distintas estructuraciones del sentido. **Se es joven, entonces, también por pertenecer a una generación más reciente, y ello es uno de los factores que plantean fácticamente un elemento diferencial para establecer la condición de juventud.** Pero la generación no es un grupo social, es una categoría nominal que, en cierto sentido, dadas afinidades que provienen de otras variables (sector social, institución, barrio, etc.). Y de la coyuntura histórica, establece condiciones de probabilidad para la agrupación.

La condición de joven depende de la pertenencia generacional en el marco de las instituciones. Así, por ejemplo, en la familia, se es joven –en cualquier sector social, con o sin moratoria social– por ocupar ese lugar en la interacción intranstitucional, caracterizada por la coexistencia con las otras generaciones. Se es joven o sea hijo, y no padre o abuelo, y esta condición supone actitudes incorporadas, normativas y costumbres, deberes y derechos, en un marco interactivo cotidiano que incide fuertemente en el proceso de constitución de la identidad personal. Ser joven, en este marco familiar, se proyecta hacia conductas en otras esferas de la vida social. Ser joven implica tener por delante un número de años por vivir, estar separado por las generaciones precedentes de la vejez, la enfermedad y la muerte. Estas amenazas son para los otros, los que preceden en la escala generacional, y ello confiere a los jóvenes la fuerza de los años por vivir y una suerte de invulnerabilidad, que radica en un imaginario confiado, derivado de ese paraguas generacional que aleja la muerte y, asimismo, de la recepción cotidiana de la mirada de los mayores, testigos que operan como espejos y que devuelven una imagen de juventud, de seguridad y de potencia. Por ende, **la condición de juventud no es exclusiva de los sectores de nivel económico medio o alto: sin duda hay también jóvenes entre las clases populares, en ellas también funciona la condición de juventud**, por ejemplo, en virtud de los distintos lugares sociales asignados a los miembros de cada generación en la familia y en las instituciones.

Claro está que **en estos sectores es más difícil ser juvenil**: ser joven no siempre supone portar los signos de juventud en tanto características del cuerpo legítimo divulgadas por los medios, ni ostentar los comportamientos ni las vivencias que imperan en el imaginario socialmente instalado para denotar la condición de juventud.

## A modo de síntesis

El recorrido conceptual propuesto a lo largo de este libro de cátedra busca echar luz sobre tres zonas de conceptualización:

- La recuperación de los **sentidos dominantes de la matriz moderna**, no como categorías cerradas y definitivas, sino como **construcciones culturales legitimadas** por un contexto que habilitó el despliegue de determinados relatos que configuraron un único modo de ser sujeto, en un único mundo válido

- La puesta de manifiesto de la **tensión de dichos relatos en clave de continuidad-desplazamiento y transformación** para dar cuenta de que la Posmodernidad no puede pensarse sólo en términos de ruptura, sino que, como afirma Laclau (1998) se trata de un “cambio de estatuto ontológico en la modulación discursiva”
- El armado de un **mapeo de prácticas urbanas que llevan adelante jóvenes de la ciudad de La Plata** (en general, aunque hay trabajos que recuperan prácticas juveniles de otras latitudes) con la intención de elaborar una herramienta cartográfica que permita rastrear: ¿qué hacen los jóvenes cuando no están en las instituciones escolares? ¿Por dónde pasan sus intereses, gustos, apropiaciones territoriales? ¿Dónde están construyendo su identidad-alteridad? ¿Desde qué marcos conceptuales podemos analizarlas en clave de politicidad, participación y/o consumo? Parte de este ejercicio de mapeo puede encontrarse en el apartado siguiente, donde se recuperan trabajos de investigación en los que se describen prácticas concretas y sentidos que los jóvenes desarrollan alrededor de dichas prácticas. Este mapeo será presentando a continuación, constituyendo la segunda parte del libro.

Estas problemáticas nos permiten avanzar en microinvestigaciones que ponen de manifiesto prácticas juveniles formativas, configuradoras de identidad en marcos y contextos diferentes, que comparten el lugar central que la acción simbólica (narrativa) y el lazo construido con otros, tiene en los procesos de construcción identitarios. Reconocerse como un sujeto deseante, desarrollando una práctica social donde se involucran las ideas pero también y, fundamentalmente, el cuerpo significa atravesar un proceso formativo subjetivo más allá de las instituciones pensadas para tal fin. Desde este punto de vista, todas las prácticas sociales, en tanto transforman y/o conservan valores, aprendizajes y mundos simbólicos, son plausible de ser pensadas como prácticas educativas.

## Referencias

- Reguillo, R (2000). *Emergencia de culturas juveniles*. Buenos Aires: Editorial Norma.
- Margulis, M. y Urresti, M. (1998). La construcción social de la condición de Juventud. En Cubides, H. y otros, *Viviendo a toda: Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Bogotá: Ediciones Universidad Central.
- Laclau, E. (1998). Politics and the limits of Modernity. En Buenfil Burgos, R. (Coord), *Debates políticos contemporáneos. En los márgenes de la Modernidad*. Ciudad de México: s.d.